

KENNETH ROTH

En busca de un líder

*Un año más, la acción a favor de los derechos humanos por parte de los Estados ha quedado reducida al nivel discursivo de las buenas intenciones. En la práctica, las grandes potencias siguen entendiendo su prestigio en base a su poder económico o militar, y no como consecuencia de la coherencia dada por la traducción de la teoría sobre el respeto de los derechos humanos en una acción palpable sin distinción entre dentro y fuera de sus fronteras nacionales. ¿Será necesario un líder que abandere el verdadero respeto de los derechos humanos a nivel mundial para que el resto le siga? **

¿Qué gobierno es hoy día el campeón de los derechos humanos? La voz potencialmente poderosa de Washington ya no resuena después de que el Gobierno de EEUU recurrió al uso de la detención sin juicio y del interrogatorio por medio de la tortura. La Administración del presidente George W. Bush podrá seguir promoviendo la “democracia” —palabra que utiliza para evitar que se traiga a colación el espinoso tema de los derechos humanos—, pero ya no le es posible abogar, con credibilidad, por los derechos que viola.

Kenneth Roth es director ejecutivo de Human Rights Watch (HRW)

Conforme la influencia de EEUU se debilita, la de China resplandece. Sin embargo, a China no se le puede considerar líder en derechos humanos. Su creciente poder económico ha incrementado su influencia global, pero en el mejor de los casos el país permanece indiferente a las prácticas de otros en materia de derechos humanos. Renuente a permitir el pluralismo político o el imperio de la ley en su propio territorio, Pekín pretende que los derechos humanos sean un asunto interno en sus negociaciones con otros en el exterior.

Rusia, con su persecución interna de voces independientes y su guerra sucia en Chechenia, va por el mismo camino perverso. Su objetivo parece ser la reconstrucción de una esfera de influencia, especialmente entre las nacio-

* Este texto forma parte de la introducción del autor al informe anual 2007 de Human Rights Watch. El texto completo se puede encontrar en http://hrw.org/wr2k7/essays/introduction_sp/2.htm. Se cuenta con autorización para su reproducción. © 2006 Human Rights Watch

nes de la antigua Unión Soviética, aun cuando esto significa acoger tiranos y asesinos. Pretendiendo evadir las críticas, el presidente Vladimir Putin incluso llegó a descartar los derechos humanos calificándolos como “estándares artificiales”.

En este sombrío ambiente, la Unión Europea y las democracias emergentes del mundo podrían proveer fuentes potenciales de liderazgo en derechos humanos. Cada cual ha hecho importantes contribuciones, pero ninguna está actuando con la consistencia o efectividad que se necesita para llenar el vacío de liderazgo. Con la voz disminuida de Washington, hoy día la Unión Europea (UE) debería ser la más fuerte y efectiva defensora de los derechos humanos. Está fundada sobre principios de derechos humanos y aspira a la grandeza en asuntos globales. Pero conforme la UE lidia con una mayor membresía, está luchando mucho menos de lo que podría hacerlo. Su esfuerzo por alcanzar el consenso entre sus diversos miembros se ha tornado tan arduo que el resultado es apenas una tenue sombra de su potencial. Se suponía que la unión aumentaría la influencia de Europa. Por el contrario, cuando se trata de promover los derechos humanos, el conjunto ha sido menos que la suma de sus partes.

Las democracias de América Latina, África y Asia, algunas establecidas desde hace tiempo pero muchas nuevas e inseguras, han empezado a defender los derechos humanos en ciertas negociaciones internacionales. No obstante, a pesar de los momentos promisorios, estos gobiernos aún deben cooperar a través de las fronteras regionales para encontrar una voz común efectiva. Con demasiada frecuencia muestran una mayor alianza con sus bloques regionales que con los ideales de los derechos humanos, más solidaridad con dictadores vecinos que hacia la gente cuyos derechos se han comprometido a defender. Esta tendencia jugó un papel particularmente pernicioso en el nuevo Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, el cual, lejos de mejorar a la desacreditada Comisión de Derechos Humanos, podría repetir sus decepcionantes prácticas, dañando así la credibilidad de todo el sistema de la ONU.

El coste de la inacción

En la actualidad, cada gobierno parece tener una excusa preparada para ignorar los derechos humanos. En ocasiones, resuenan pronunciamientos de elevados valores morales desde capitales o embajadores ante Naciones Unidas, pero sin el seguimiento continuo necesario para un verdadero liderazgo o cambio. Los compromisos se ven dificultados por advertencias y el involucramiento por cláusulas de escape. Ya se trate de la falta de consecuencias punitivas para la campaña criminal de Sudán en Darfur, el requisito de consenso de la UE antes de emprender una acción colectiva, la proclamada deferencia de China a la soberanía nacional, la preocupación de Washington respecto a Irak y al terro-

rismo, o el sacrificio de los principios de derechos humanos en el mundo en desarrollo en aras de la solidaridad regional, las excusas para la inacción aplastan al imperativo de una acción decisiva.

Esta tendencia es deprimente, pero no irreversible. Si la brecha de credibilidad de Washington es la consecuencia temporal de una Administración particularmente alejada de la ley o un problema de largo aliento que durante años va a afectar a la postura de EEUU, ello dependerá, en parte, del nuevo Congreso —y de si éste repudiará los pasados abusos, si presionará por cambios políticos y se empeñará en que los responsables rindan cuentas—. Nadie se engaña pensando que tal cambio será fácil, cuando los artífices de esas violaciones todavía controlan el poder ejecutivo; aun así, esto es esencial si EEUU ha de redimir su manchada reputación como defensor de los derechos humanos.

La fortaleza económica de China y Rusia refuerza su capacidad de resistirse a la escasa presión que se les dirige en cuanto al respeto de los derechos humanos

También se necesitará liderazgo para orientar a China y Rusia hacia un comportamiento más responsable. En buena medida, Pekín y Moscú son los beneficiarios de las bajas expectativas. Tendrán pocos incentivos para defender las normas internacionales en su propio territorio o en el exterior mientras apenas unos cuantos insistan en que deben hacerlo. Su nueva fortaleza económica —el retumbante mercado de China, las reservas de energía de Rusia— sólo refuerza su capacidad de resistirse a la escasa presión que se les dirige, a la vez de desalentar a otros gobiernos a siquiera ejercer tal presión. Por otro lado, el creciente programa de ayuda externa de China crea nuevas opciones para dictadores que antes fueron dependientes de quienes insistían en avances en el ámbito de los derechos humanos. Cambiar esta dinámica depende de que se trate a China y a Rusia como naciones que aspiran al liderazgo global —depende de insistir en que respeten los derechos humanos en el trato que dispensan a sus pueblos y sus pares, como también de llevarlas a rendir cuentas si no lo hacen—. Deben convencerse de que el camino hacia la influencia y el respeto no es a través de la crueldad y el bandolerismo, sino de una ciudadanía global responsable. Sin embargo, no se puede esperar que mejoren si el compromiso de otros gobiernos con los derechos humanos se vende tan bajo en aras de los contratos energéticos o las oportunidades de inversión.

En América Latina, si bien algunos países se han resistido activamente al escrutinio de los derechos humanos, otros han jugado un papel cada vez más importante en promover la aplicación de normas internacionales. Raros reflejos de esperanza pueden encontrarse tam-

bién en África y Asia. El mundo necesita un verdadero defensor de los derechos humanos proveniente del Sur; una nación que rechace el regionalismo espontáneo como un anacronismo, el retorno a una era en que los gobiernos autoritarios unían esfuerzos para evadir las presiones relacionadas con los derechos humanos. En la actualidad, cuando cada vez más gobiernos se postulan a elecciones periódicas y hablan en nombre de las aspiraciones de sus pueblos, sus negociaciones con otros gobiernos deberían ser orientadas por el interés hacia los mismos derechos que sus propios ciudadanos abrazan.

En lo que atañe a la Unión Europea, muchos de sus miembros reconocen la parálisis y están buscando soluciones. El experimento europeo ha contribuido a llevar paz y prosperidad a quienes tienen la suerte de vivir dentro de sus fronteras, pero la UE está fallando deplorablemente en su promesa como defensora de los derechos humanos en el mundo. Algunos de los cambios necesarios podrían ser relativamente sencillos e implementados con rapidez, como lo sería modificar las agitadas presidencias rotativas de seis meses de duración, de manera que sea posible una mejor acumulación de experticia y la búsqueda de estrategias a largo plazo. Otros cambios requerirían una transformación en las tradiciones y los malos hábitos; por ejemplo, hacer que las instituciones de la UE sean más transparentes a modo de minimizar la brecha entre los valores populares y la acción gubernamental. Algunos cambios son más fundamentales, como flexibilizar el requisito de unanimidad para la acción colectiva en el ámbito de los derechos humanos, a fin de permitir acciones más oportunas y efectivas en el mundo. Todos esos cambios requieren que los gobiernos de la UE reconozcan que el *status quo* refleja una inaceptable renuncia al liderazgo en tiempos en que las existencias de éste son peligrosamente bajas.

Los desafíos de los derechos humanos

No hay una escasez de serios desafíos a los derechos humanos que exija un mayor liderazgo global efectivo. Apenas en septiembre de 2005, los gobiernos del mundo, en una declaración histórica, abrazaron la doctrina de “la responsabilidad de proteger” a las personas que enfrentan atrocidades masivas. Sin embargo, ese compromiso suena vacío cuando Darfur continúa siendo sinónimo de masacres, violaciones sexuales y desplazamiento forzado, mientras la comunidad internacional no ha sido capaz de producir más que resmas de resoluciones no implementadas de la ONU. La usual cobardía política cuando se trata de desplazamientos militares a fin de prevenir asesinatos masivos es responsable de una parte de la inacción, pero también ha habido muy pocas presiones sobre el gobierno sudanés para que acepte una verdadera fuerza de protección. Pronosticadamente, Jartum responde con rechazo a esa falta de firmeza.

Parte del problema es el hecho de que la invasión de Irak por EEUU y los tardíos intentos de la Administración Bush de justificarla como una intervención humanitaria, facilitaron

que gobiernos como el de Sudán hicieran oposición a un esfuerzo vigoroso para salvar al pueblo de Darfur. De igual manera, la promoción de la democracia, un objetivo medular de los derechos humanos, corre el riesgo de ser desacreditada porque la Administración la equipara con un cambio de régimen a través de la fuerza militar.

Al mismo tiempo, está bajo ataque la importancia de llevar a los perpetradores de masacres ante la justicia, sobre todo en Uganda, donde los asesinatos están tratando de negociar la impunidad a cambio de poner fin a sus matanzas. El terrorismo —la peligrosa visión de que personas civiles pueden ser legítimamente asesinadas por fines políticos— continúa siendo aceptable en demasiadas partes del mundo. Irak ha degenerado en un masivo y sectario baño de sangre, siendo civiles las principales víctimas. Gobiernos que tienen despiadadas prácticas represivas imponen una enorme crueldad a sus pueblos en Corea del Norte, Birmania y Turkmenistán. Persisten dictaduras cerradas en Vietnam, Arabia Saudí y Siria. China empeora. Rusia y Egipto están persiguiendo a organizaciones no gubernamentales, en tanto Perú y Venezuela consideran medidas similares. Irán y Etiopía están silenciando a las voces disidentes. Uzbekistán aplasta el disenso con nuevo vigor a la vez que se niega a permitir una investigación independiente de su masacre de mayo de 2005 en su ciudad oriental de Andizán. En Zimbabwe, el presidente Robert Mugabe preferiría llevar a su país a la ruina en vez de tolerar una oposición política. La guerra civil se está reavivando en Sri Lanka, se intensifica en Afganistán, continúa en Colombia y amenaza con desatarse en Nigeria. Israel lanzó ataques indiscriminados contra el Líbano durante su guerra con Hezbollah, mientras que Hezbollah a menudo puso en la mira a ciudades israelíes sin ningún objetivo militar a la vista.

La institución intergubernamental dedicada a examinar estos problemas —el nuevo Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas— debe aún mostrar alguna mejora respecto de su débil antecesora, la Comisión de Derechos Humanos. Una obligación central del Consejo es presionar a gobiernos altamente abusivos para que cambien. Ello requiere de una serie de pasos graduales que pueden conducir al despliegue de monitores de derechos humanos o a la condena pública. Sin embargo, en una burla a los elevados principios de su fundación, hasta el momento el Consejo no ha criticado a ningún gobierno, excepto a Israel. Lo más que ha logrado hasta ahora es establecer un “diálogo interactivo” con investigadores de la ONU y planificar una “revisión de pares”, renunciando a su más poderosa herramienta —la condena colectiva por parte de los gobiernos miembros—. Esta falla podría

El mundo
necesita
un
defensor
de los
derechos
humanos
proveniente
del Sur

llevar a cuestionar si Naciones Unidas es capaz de defender las normas internacionales de derechos humanos. Los proponentes de las “coaliciones de anuentes” —la antítesis del ideal de estándares universales de la ONU— habrán ganado el control a menos que la situación sea remediada por gobiernos que apoyan los derechos humanos.

¿Dónde hay un líder?

Los gobiernos en todo el mundo siempre se verán tentados a eludir los derechos humanos, ya sea en el tratamiento de su propia gente o en sus relaciones con otros gobiernos. Si sus propios valores e instituciones no restringen a esos gobiernos, se requiere de presión externa. A aquéllos que sucumben a esa tentación se les debe obligar a pagar un precio hasta que los derechos humanos sean respetados en el territorio nacional y encuentren el lugar que les corresponde en la conducta de la política exterior.

Sin embargo, a menos que emerja un nuevo líder en estos tiempos de menor credibilidad estadounidense, los tiranos del mundo disfrutarán de rienda suelta. Tanto los miembros de la UE como los gobiernos democráticos del mundo en desarrollo han encontrado seguridad en las cifras, el alivio de ocultarse entre el resto cuando las cosas se ponen difíciles. Los gobiernos de la UE se repliegan detrás de las reglas de consenso; otros gobiernos democráticos se refugian en las redes regionales. Ninguna técnica para evadir las responsabilidades del liderazgo debería ser aceptada, sobre todo en tiempos en que China y Rusia están liderando principalmente en la dirección equivocada.

Es hora de trascender estas excusas. Un nuevo liderazgo en derechos humanos podría surgir de gobiernos visionarios del mundo en desarrollo, de una Unión Europea más ágil o, si el siguiente Congreso encuentra su voz, de un gobierno de EEUU que recobre sus ideales. De una u otra forma, los pueblos del mundo necesitan un liderazgo significativo en el ámbito de los derechos humanos. La urgencia de esta necesidad no debe ser subestimada, si los grandes compromisos de los tratados del siglo XX no han de sucumbir a la hipocresía y las promesas vacías del siglo XXI.